

Ejemplos de racialización, racialismo y de racismo en la sociedad mexicana, y su articulación en un caso concreto

Jaime Echeverría García

Los vocablos de racialización, racialismo y racismo guardan un estrecho vínculo al tener como base el concepto de raza, que de inmediato se hace evidente en su morfología, no obstante, cada uno posee su particularidad. Será importante establecer su distinción para no asumir erróneamente que tanto la racialización como el racialismo implican una práctica racista, pero sí constituyen la base del racismo.

Según lo visto en el diplomado, tanto en los materiales proporcionados como en la sesión síncrona del 22 de febrero, de manera muy general, la racialización implica concebir a los grupos humanos en función de la raza, proceso que va de la mano del surgimiento del Estado-Nación. Cuando la racialización se vuelve una idea de sentido común y se tiende a naturalizar la existencia de razas, estamos frente al racialismo. Por su parte, el racismo tiene que ver con una estructura o sistema de clasificación y jerarquización de las relaciones sociales con base en el poder, que se basa en la inferiorización de ciertos grupos humanos, y la correspondiente asignación de superioridad a los grupos humanos opuestos a aquéllos.

Hay que tomar en cuenta que, dependiendo de la postura de pensamiento a la que nos orientemos, podemos llegar a asociar el racismo como una práctica, como en el caso de la conceptualización anterior, o lo podemos vincular con una ideología, que comporta creencias, discursos, valores y prácticas orientados a la inferiorización de determinados grupos humanos, como lo hemos visto en algunos materiales del diplomado, y que corresponde a la visión que plantea Teun A. van Dijk en su libro *Ideología...* (1998:93-95). Al hablar del racismo lo emparenta con otras ideologías como el machismo, el feminismo o el ecologismo, pues todas tienen en común estar conformadas a partir de una estructura dicotómica que opone a un Nosotros y un Ellos.

Acto seguido, pasemos a los ejemplos. El ejemplo más claro de racialización en México tiene que ver con la distinción entre mestizos e indígena, vistas como dos grandes categorías en conflicto a lo largo de la historia de nuestro país. En tiempos coloniales, estos dos grupos aludieron a razas biológicas, que con el paso del tiempo pasaron a ser razas determinadas socioculturalmente. En la actualidad, como se ha mencionado en el diplomado, el concepto de raza es prácticamente inoperante, y se habla más de grupos culturales distintos.

Respecto del concepto racialismo, quiero traer a cuenta algo que me contó la señora que nos ayuda en las tareas domésticas, que es de origen otomí, pero que no se asume ya como indígena. Su hija empezó a vender productos varios en el Centro,

junto con las tías de su pareja, en compañía de mujeres indígenas provenientes de Oaxaca y de Veracruz. El gobierno les cedió un espacio fijo para vender dentro de un mercado, con la condición de que fueran indígenas. Por lo tanto, les pidieron ir vestidas con su ropa tradicional para poder vender. Este rasgo visible es lo que, a los ojos de las autoridades, testifica su indianidad. Tanto la hija de la señora que ayuda en casa, como las tías de su pareja, fueron incluidas por las señoras indígenas de este grupo para vender, y ellas les proporcionaron la vestimenta para hacerse pasar por indígenas. Y, así, se va “disfrazada” todos los días de indígena, junto con su hijo pequeño, a vender al centro. Otro rasgo que, aparentemente, confirma su indianidad, ante los ojos de las autoridades, es andar descalza.

Considero que obtener recursos económicos del Estado mediante el recurso de la indianidad, establecida como una categoría cultural específica, distinta del ciudadano mexicano no indígena, es una forma de racismo.

Ahora bien, ejemplos racistas en México hay muchos, desde los más visibles y violentos hasta los más sutiles. Por ejemplo, el ataque perpetrado contra un joven otomí en una secundaria de Querétaro, al que unos compañeros le rociaron alcohol y lo incendiaron, hasta la publicidad de escuelas privadas dominada por jóvenes de fenotipo occidental; e incluso, bañar con jabón Ricitos de oro a un niño de fenotipo cercano al indígena, el nacional, para aclararle el cabello.

Por último, recuperemos los tres conceptos abordados en un caso concreto, para lo cual nos vamos a ubicar nuevamente en la figura del indígena. La racialización de la pobreza implica que los pobres se identifican generalmente con una raza o grupo cultural en particular, en nuestro caso, los indígenas. Entonces, asumimos, como un conocimiento de sentido común, que los indígenas y la pobreza es consustancial. Esto determina los espacios y los roles que “naturalmente” deben ocupar. Dicha naturalización cristaliza en estereotipos hacia los indígenas, los cuales condicionan actitudes, valores y comportamientos prejuiciosos hacia ellos que tienden a inferiorizarlos: no confiar en ellos, porque la pobreza está asociada a la criminalidad; evitar tocarlos, porque la pobreza y el asco también están relacionados; o incomodarnos ante la presencia de un indígena en espacios que anteriormente se le tenían vedados, como el del espectáculo.